

Comentarios al libro: “Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos” de Elisabeth Roudinesco¹.

About the book: "Our dark side. A history of perversion" by Elisabeth Roudinesco

Juan Capetillo Hernández²

*Instituto de Investigaciones Psicológicas, Universidad Veracruzana
Veracruz, México.*

Un título atractivo, sin la menor duda. Si sólo estuviera la segunda parte: *Una historia de los perversos*, quizás nos sentiríamos menos implicados, viéndolo como un distante trabajo académico, pero, lo que abre el título del libro que ahora comentamos: *Nuestro lado oscuro*, hace pensar, ineludiblemente, en la parte maldita de uno mismo, aquella que ha llevado a las sociedades humanas, con el fin de desmarcarse de ella, a designar como perversos a ciertos sujetos, sobre los que hace recaer esa parte insoportable.

¿Quiénes son los perversos y dónde comienza la perversión? Son preguntas que guían el trabajo de la historiadora y psicoanalista Elisabeth Roudinesco que nos obsequia, esta vez, un volumen espléndido y fascinante sobre la historia de la perversión, en una línea temporal que va desde los más remotos años de la era medieval, a nuestros tiempos.

El texto, en el decir de su autora, no se contenta con ser un retrato de perversos y un informe de las grandes perversiones, va más allá, consti-

¹ Roudinesco, E. (2009) *Nuestro lado oscuro, Una historia de los perversos*. Barcelona: Anagrama.

² Doctorado en Historia y Estudios Regionales por la Universidad Veracruzana, Mexico. **Contacto:** juanpetillo3@hotmail.com, jcapetillo@uv.mx

tuyendo: "...también una crítica de las teorías y las prácticas que han sido elaboradas" (p. 12).

Dos temas universales: la metamorfosis y la animalidad, serán las vías que Roudinesco tomará para su acceso a la perversión. Dorian Grey y Gregor Samsa, de Wilde y Kafka, respectivamente, son figuras de la perversión que ilustran estas temáticas.

Dos polos: sublime o abyecto, maniqueísmo de la perversión, universo cerrado en que se mueve el perverso: o absoluto del bien o del mal. La perversión, característica humana, de la que está excluido el animal, así como del crimen, presenta varias facetas: fenómeno sexual, psíquico, estructural, transhistórico, jurídico, histórico, y, también, social, como necesidad, como chivos expiatorios hacia quien dirigir lo insoportable de las sombras que nos habitan.

Una historia de cinco capítulos: las grandes místicas del Medioevo y Gille de Rais, personaje espantoso inscrito, sin duda, en la historia de las más repugnantes infamias; los flagelantes; el siglo XVIII con la vida y obra de Sade, de quien Lacan dirá que configura el fantasma de la perversión; el XIX, con su medicalización de la enfermedad mental y su obsesión por el homosexual, la mujer histérica y el niño masturbador y el siglo XX, con el nazismo, la metamorfosis más abyecta de la perversión, hasta las designaciones actuales de la perversión como trastorno de la identidad y sus "...múltiples facetas: zoofilia, pedofilia, terrorismo, transexualidad" (p. 12).

Hagamos un corte en esta trayectoria, en un punto situado en el intermedio, es decir, el momento en que la perversión es pensada como enfermedad: finales del siglo XVII. Comentemos, aunque sea brevemente, lo que nos narra Roudinesco, acerca de la forma y el contenido de la perversión, antes y después de este momento que elegimos como escansión; fundamentemos nuestro comentario a través de la consideración de aspectos, que consideramos centrales, de cada uno de los capítulos.

Antes del inicio de la medicalización de la perversión, el perverso es maligno, transgresor del orden natural del mundo, y aquel que empuja a los hombres al vicio, ejerciéndolo; fascinado por el diablo y, también, habitado por un ideal del bien que "... no cesaba en aniquilar con el fin de ofrecer a Dios, su maestro y su verdugo, el espectáculo de su propio cuerpo reducido a un desecho" (p. 13).

Volvemos a los polos: o sublime o abyecto, “Absoluto del bien o locura del mal, vicio o virtud, condena o salvación: tal es el universo cerrado por el que el perverso circula con deleite, fascinado por la idea de poder librarse del tiempo y de la muerte”; por eso nos fascina la perversión, dice Roudinesco.

Animada por la pulsión de muerte; cualesquiera que sean sus manifestaciones, siempre se le encuentra asociada “...con una especie de negativo de la libertad: aniquilación, deshumanización, odio, destrucción, dominio, crueldad, goce” (p. 13). ¿Qué es lo que se enuncia en el discurso oscuro de la perversión? No otra cosa, expresa la autora, que la gran maldición del goce ilimitado, a través del odio a uno mismo y la fascinación por la muerte.

También la perversión, reflexiona Roudinesco, constituye una necesidad social: “¿qué haríamos si ya no nos fuese posible designar como chicos expiatorios -es decir, perversos- a aquellos que aceptan traducir mediante sus extraños actos las tendencias inconfesables que nos habitan y que reprimimos” (p.15).

Lo sublime y lo abyecto

Los grandes místicos del Medioevo, excluidos del “mundo común”, constituyen ese lugar heterogéneo -maldito-, necesario para todo orden social, que permitirá la cohesión de la comunidad. Servidumbre voluntaria como vía a la más suprema libertad, aceptación de un sufrimiento incondicional -del que Job es modelo- que se traduce en un programa de destrucción del cuerpo, exposición a los tormentos de la carne, por medio del cual efectuaban el paso de lo abyecto a lo sublime. Para las místicas, desposadas con Cristo, la búsqueda del más sublime éxtasis espiritual, no es más que el reverso de un programa de destrucción del cuerpo.

Cuerpos cortados, mancillados, degradados; martirios y dolores de todos los tonos e intensidades, caracterizan la vida de los santos, relatada en el texto *La leyenda dorada*, el cual puede, nos dice Roudinesco,

...leerse como una especie de prefiguración de la inversión perversa de la Ley que efectuará Sade en Las ciento veinte jornadas de Sodoma. En ella encontramos los mismos cuerpos atormentados, desnudos, mancillados. Martirio rojo, martirio blanco, martirio verde. Siguiendo el modelo de esta reclusión monástica, rebosante de morti-

ficaciones y dolores, el marqués inventará, privándolo de la presencia de Dios, una especie de parque sexológico, entregado a la combinatoria de un goce ilimitado de los cuerpos (p. 23).

En su relato histórico de las místicas, distinguidas por la autodestrucción del cuerpo como vía para la sublimación espiritual, pasa Roudinesco a los *flagelantes*, en los que se introduce otro sujeto: el victimario. La servidumbre voluntaria se lleva a cabo ante otro que aplica el castigo, con lo que se derivará en una relación de dominante- dominado. En principio la flagelación es con el propósito de alcanzar el absoluto pero, a medida que se va alejando de la iglesia y convirtiéndose en un movimiento hereje, el fin divino va sustituyéndose por una exaltación del yo, donde el sufrimiento está puesto al servicio del placer desenfrenado, sentido que tomará en Sade, quien asocia la flagelación con la sodomía.

La pregunta por el origen de las perversiones, por lo que determina la existencia de nuestro lado oscuro, planteada hasta finales del siglo XVII, conducirá a su desacralización, efectuada por Sade: ¿depende de un orden divino impuesto al hombre o es producto de una cultura y una educación? Las deliberaciones conducen a la solución sadiana: nuestra parte oscura es resultado de un orden natural que exige manifestarse, por lo que hay que permitirle su expresión sin cortapisas, sin preocuparse por la disyuntiva de los libertinos, que se entregaban a todos los placeres del cuerpo, con el riesgo de perder el alma. De acuerdo con Roudinesco, Sade, “Sin dejar de ser un hombre de las Luces por su rechazo de la tutela divina y su elección de la libertad individual, desviará el proyecto de la Ilustración hasta metamorfosearlo en su contrario: un nuevo orden disciplinario, sin límite, sin cara oculta” (p. 48).

Sade a pesar de sí mismo

En occidente existe un paso obligado por Sade: una derivación de su nombre estará en el núcleo de la concepción moderna de la perversión. Aunque en vida rechazaba las manifestaciones reales de los horrorosos fantasmas que poblaban su obra, ésta constituye una verdadera enciclopedia del mal, que lo prescribía como obligatorio, en aras del goce ilimitado. Proyecto de una radical inversión de la ley humana que, aboliendo la institución del padre, propone una organización social basada en la

generalización de la perversión: “Ni prohibición del incesto, ni separación de lo monstruoso y lo ilícito, ni delimitación de la demencia y de la razón, ni división anatómica entre los hombres y las mujeres” (p. 59).

En la época misma en que se discutía el estatus jurídico y psiquiátrico de la enfermedad mental, Sade desafiaba las nomenclaturas: ni loco, ni criminal, ni admisible socialmente. En la medianía del siglo XIX –lo que se constata con la invención, en 1834, del término: sadismo- el nombre de Sade comenzará a designar, paradigmáticamente, el núcleo, tanto estructural como fenomenológico, de la perversión.

Como no podía ser de otra forma, dada la preeminencia de Sade en el tema de la perversión, Roudinesco dedica un nutrido capítulo a la pintura y análisis de este personaje y de lo que se ha dicho de él. Lo que reseña nuestro texto, no es más que una pequeña muestra del desarrollo que lleva a cabo la autora que comentamos. Un párrafo suyo con respecto al “divino marqués” nos proporciona una buena parte del sentido con el que Roudinesco desarrolla su relato sobre la perversión:

Por eso cabe aventurar las hipótesis de que sólo pudo crear la obra más indefinible de toda la historia de la literatura –«inconveniencia primordial», «Evangelio del mal», «bloque del abismo», «subversión de la diferencia entre vicio y virtud»- porque en vida se enfrentó a tres regímenes políticos, desde la monarquía hasta el Imperio, que hicieron de él y de su obra el lado más oscuro de lo que ellos mismos estaban llevando a cabo (p. 82).

Tenemos hasta aquí: (en ese corte, un tanto arbitrario, que hiciéramos en la línea del tiempo de Roudinesco, en el momento de inicio de la medicalización de la perversión) “perversión en cuanto goce del mal, perversidad, erotización del odio, abyección del cuerpo o sublimación de la pulsión” (p. 89), Sade es el nombre propio que acaba representando esto; ¿qué ocurre con la profundización de la desacralización de la perversión en nombre de la ciencia?

¿Luces sombrías o ciencia bárbara?

Con respecto a esta pregunta, así como al extenso análisis de Roudinesco sobre la *biocracia* o *scientiasexualis* y su relación con el psicoanálisis, resultan ilustrativas las siguientes citas de Roudinesco:

En resumen, diremos que, en el discurso de la medicina positivista, hasta Freud las perversiones sexuales se contemplaban como desviaciones sin retorno con respecto a una norma. ...Con Freud, por el contrario, la disposición perversa se concibió como el paso obligado hacia la normalidad: una normalidad de contornos imprecisos, pues cada sujeto podía entonces definirse como un antiguo perverso devenido normal, tras haber integrado, como interdictos principales, los principios de la Ley. ...La perversión, según Freud, es en cierto modo connatural al hombre. Clínicamente, constituye una estructura psíquica: no se nace perverso, se deviene al heredar una historia singular y colectiva donde se mezclan educación, identificaciones inconscientes, traumas diversos. Después todo depende de lo que cada sujeto haga con la perversión que lleva en su interior: rebelión, superación, sublimación... o, por el contrario, crimen aniquilamiento de uno mismo y de los demás (pp.113-114).

Mientras que la sexología desacraliza la perversión, hablando de ella, más bien, como perversiones, en plural, y la concibe como producto de una coyuntura desviante en la historia del sujeto, cuyos efectos, serían susceptibles de eliminarse mediante terapias y tratamientos-con lo que elimina su necesidad social como lugar de lo otro inexpugnable e inquietante, Freud le restituye este lugar con su concepción antropológica de la perversión como condición universal de los sujetos humanos, ante la cual, deben posicionarse –del lado de ella o no– como parte de su proceso histórico singular.

El siglo XIX, que destituye a Sade del lugar sacro como divinidad del mal, sustituyéndolo por el sadismo, con un sentido ligado exclusivamente con una práctica sexual, que proscribía sus obras, lo ve recuperado, en este mismo sentido destituido, en la obra de escritores que también fueron considerados malditos: Flaubert, Balzac, Victor Hugo.

La prosecución del proyecto científico de la biocracia, tendrá un trágico exponente en las primeras décadas del siglo XX, en la “higiene racial”, la que presagia al más abyecto de los proyectos perversos de la historia: el nazismo. Proyecto de control total de la sexualidad, de los matrimonios programados para evitar transmisión de taras u otras imperfecciones, de la eutanasia de enfermos mentales y otros seres que se

alején del ideal de perfección del hombre y, que se traduce un intento de exterminio de éste, a través de su sustitución por organismos genéticamente configurados, cuya confección está sostenida por un ideal genocida de “raza pura”. Este proyecto eugenésico contribuyó, de acuerdo con Roudinesco, “a conducir por la rampa de Auschwitz a judíos, gitanos, testigos de Jehová, comunistas, homosexuales y otros «degenerados» o «anormales» (enanos, gemelos, jorobados, desviados sexuales, etc.), es decir, todos los representantes de la «mala raza»: una población de perversos” (pp. 134-135).

Las confesiones de Auschwitz

La experiencia del campo de concentración nazi en Auschwitz, marca un antes y un después en la historia de la humanidad. Constituye el paradigma de la mayor perversión posible del ideal de la ciencia, sostenido por un sistema perverso –el nazismo– que por sí solo sintetiza el conjunto de todas las perversiones posibles. Un nuevo y terrible tipo de perversión, cuya forma de inversión de la Ley, es convertir el crimen en norma, deriva

...tanto de la autodestrucción de la razón como de una metamorfosis muy particular de la relación con la Ley que autorizó a unos hombres aparentemente corrientes a cometer, en nombre de la obediencia a una norma, el crimen más monstruoso de toda la historia del género humano (p. 144).

La singularidad de Auschwitz y el modo de criminalidad inventado por el nazismo es que pervirtió, no sólo la razón de estado, sino, aún más, la pulsión criminal en sí, a partir de esa manifestación de la perversión sin afectos, propia del nazismo, donde el crimen se ejecuta, no por la acción de una pulsión no domesticada o una expresión transgresora, sino por obediencia a una norma racionalizada. El criminal nazi, exento de toda afectividad en el acto criminal,

...no era ni sádico, ni psicópata, ni perverso sexual, ni monstruoso, ni estaba afectado de ninguna patología visible. El mal estaba en él, pero no presentaba signo alguno de una perversión cualquiera. En una palabra, era normal, atterradoramente normal, puesto que era el

agente de una inversión de la Ley que había hecho del crimen la norma (p. 141).

En su texto, Roudinesco tercia en la discusión histórica contra el *negacionismo* de los años sesenta, historiografía revisionista creada por los “asesinos de la memoria”: Robert Faurisson, Paul Rassinier, Serge Thion y la *Vielle Taupe*, y apoyada después por Noam Chomsky, que consistirá en negar la existencia de las cámaras de gas, con lo que buscan, no sólo negar el genocidio de los judíos, sino, también, borrar sus huellas, convirtiéndolo, de este modo, en un crimen perfecto: “...sin historia, ni huella, ni recuerdo, ni memoria” (p. 155).

Un párrafo extenso de nuestra autora, con relación a la perversión nazi, nos da, a la vez, una idea de conjunto del libro y del momento al que ha arribado:

Si los místicos fantasearon con aniquilar el cuerpo para ofrecer a Dios el espectáculo de una esclavitud liberadora, si los libertinos y Sade, en contra de Dios, promovieron el cuerpo como único lugar de goce y, en fin, si los sexólogos tendieron a domesticar sus placeres y sus furores inventando un «catálogo de las perversiones», los nazis consiguieron llevar casi hasta su término una especie de metamorfosis estatalizada de las múltiples figuras de la perversión. En pocas palabras, hicieron de la ciencia el instrumento de un goce del mal que, escapando a toda representación de lo sublime y lo abyecto, de lo lícito y lo ilícito, les permitió designar la colectividad de los hombres –es decir, la especie humana– como un mundo de perversos que debían reducir a restos contables y cosificados: carne, ligamentos, músculos, osamentas, manos, piel, dientes, ojos, órganos, pelos, cabellos (p. 179).

La sociedad perversa

¿Qué nos permitiría pensar a la sociedad posmoderna, mercantil, globalizada, como una sociedad perversa? Fundamentalmente tres líneas: a) se identifica con el ideal de una fetichización globalizada del cuerpo y el sexo de los humanos, b) prevalece el borrado de todas las fronteras: lo

humano y lo no humano, la naturaleza y la cultura, la psique y el cuerpo, la norma y la transgresión de la norma, y c) a través del discurso médico puritano que anula la noción de perversión. Si esto es así, plantea Roudinesco, nos falta "...identificar quiénes son ahora los perversos, dónde comienza la perversión y cuáles son los grandes componentes del discurso perverso actual" (p. 212).

A lo largo de este texto, que reseñamos para invitar a su lectura, se hace evidente la posición freudiana que sostiene la autora, con respecto a la perversión y su posicionamiento ante ella; queremos concluir con un párrafo en el que sintetiza, a nuestro parecer, esta posición con la que se compromete:

Al mostrar que la disposición perversa es lo propio del hombre, que cada sujeto la lleva en sí potencialmente, Freud afirmaba asimismo que el único límite para el despliegue abyecto de la perversión sólo puede proceder de una sublimación encarnada por los valores del amor, la educación, la Ley y la civilización (p. 115).

Recibido: 12 de agosto de 2011.

Aceptado: 30 de noviembre de 2011.